

sas. Parecen bandas de una gasa luminosa, rizada en pliegues pequeños.

Soplos misteriosos, que no se sienten sobre la tierra; soplos magnéticos, agitan dulcemente estas telas de fuego; se enroscan en espirales ligeras ó se despliegan como banderolas impalpables, extinguiéndose siempre. Ultimos resplandores, casi lívidos, aparecen aquí y allá sobre las nubes. Y últimos girones de aquella gasa luminosa se arrastran al azar, en el espacio, temblando sin cesar. Poco á poco se hacen más diáfanos; son tan vagos, que apenas se les puede seguir, y tan ténues, que se pierden de vista. No son apenas nada. La luz polar se ha extinguido ya. La aurora boreal acaba de morir. La noche negra y helada nos envuelve y nosotros no vemos más, en medio de ese caos desgarrado, que una mar coagulada.

.....
Plumkett.—Dispense usted; nuestros ojos están acostumbrados á la obscuridad, mi querido Loti, y podemos aún dirigirnos perfectamente. Por otra parte, yo veo la primera claridad indecisa del día de invierno que nace. Ante nosotros, como le decía á usted, vemos surgir sobre la línea del horizonte pequeños puntos negros, que se convierten en masas que insensiblemente suben, suben á medida

que nos aproximamos y se elevan al fin rápidamente por encima de la superficie bruñida y reflectante del golfo helado.

Una línea morena ó parduzca viene en seguida á reunir estos pequeños islotes esparcidos, que toman á nuestros ojos aspectos formidablemente guerreros: esta es la costa del *Pé-tchili*, la entrada del *Pé-ho* ó río del Norte: son los fuertes de *Ta-kou*; es la China!

Nos situamos en medio de diversas obras en tierra, y descubrimos la embocadura estrecha y tortuosa del río. Allí, el hielo es opaco y de un amarillo terroso: esto no es agua, sino cieno helado.

Lentamente el día aparece.

Sobre cada ribazo se levanta una formidable ciudadela, flanqueada con enormes baluartes á la europea, con troneras, que dejan ver los cañones Armstrong. Sobre cada una de estas ciudades flota un ancho pabellón amarillo, especie de banderola desatada, sobre la cual se vé un dragón verde tratando de cojer con los dientes una gran bola blanca, que representa la luna. Es el pabellón del *Tien-tze* ó Hijo del Cielo, soberano de ese *Tchoung-koué* ó Imperio del Medio, en el seno del cual penetramos.

Hay algunos hombres en las murallas. Están ves-

30463

BIBLIOTECA DE MONTREY
 "ALFONSO ALTES"
 AÑO 1925 MONTREY, MEXICO

tidos con anchas casacas negras, bordeadas de galones encarnados; tienen sobre el vientre una bola roja y llevan en la espalda los dos caracteres *tang-ping*, que significan *soldados* (nosotros reconocimos por estos signos su posición social.)

Están cubiertos por unos pequeños turbantes negros, en rededor de los cuales se arrolla su cabellera trenzada en una sola trenza.

Examinamos aquellas caras patibularias de bandidos. Tienen expresiones crueles y sencillas, feroces ó risueñas; narices cortas, chatas y agujereadas; ojos pequeños, oblicuos; bocas anchamente hendidas y barbas hundidas. Todos gesticulan, moviéndose y gritando al ver á los dos extranjeros que llegan. ¡Si pudieran darse cuenta de aquello que pasa en su cabeza! Su cerebro de chino estallarfa.

.....

.....

Una planicie pantanosa, que no tiene fin, salpicada aquí y allá de extensiones brillantes, que son charcos de agua helada. Una gran aldea, montón de cabañas pequeñas hechas de tierra, cuyo color se confunde con el del suelo. Después otro pueblo, siempre del mismo color terroso; después otro, y otro más. Las gentes, cubiertas de pieles de animales, como los esquimales, con largas coletas siem-

pre y los ojos sesgados, que bullen, que van y vienen como las hormigas, que se detienen sobre los ribazos, que se reúnen en cuadrillas, abriendo mucho los ojos pequeños y taciturnos, y al vernos gritan á voz en cuello: ¡*Koué-tsé, Koué-tsé!* (¡Hijos de los diablos!)

En la plaza, un gran vaivén de carretas, de trineos, de hombres montados sobre asnos, de peato-nes, todos redondos como bolas, cubiertos con pieles de animales.

Sobre los ribazos, allí donde no hay casas, interminables alineaciones de *juncos* (1) atados en seco, pintados de colores fuertes, con las proas representando bocazas de mónstruos.

Después, más pueblos terrosos, aún más *juncos*, más hormigas humanas, más trineos sobre el hielo; fuertes aspillerados, con banderas y gallardetes amarillos; los *Tang-ping*, con sus bolas rojas sobre el vientre negro. Y la gente desgañitándose, ahullando: ¡*Koué-tsé, Koué-tsé, Koué-tsé!*

—«Vamos á alquilar ese carro que pasa—dijo Ahasvérus—Plumkett,» y en tres días habremos llegado á Pekin.

(1) Embarcaciones indias—(N. del T.)

¡Si usted supiera, Childe-Harold, todo el mundo de pensamientos que se despierta en mí, al considerar simplemente esta carreta de dos mulas que vamos á tomar!.....

Piense usted, mi querido amigo, que seiscientos años antes de nuestra era, el sábio *Koung-Tou-Isé* viajaba como nosotros en una carreta, exactamente igual á ésta, á través de este inmenso imperio que entonces se parecía mucho á lo que es hoy. Las carretas chinas ¡oh Childe-Harold! no han tenido evolución, según la ley de Darwin; su especie ha permanecido estacionaria.»

Childe-Harold-Loti.—«Pero yo no me engaño, no..... ¡Estos discursos enfáticos y desconcertados, esta ostentación de ciencia moderna mal digerida!.....» ¡Este no es Ahasvérus, es—Plumkett!.....»

El falso Ahasvérus arranca su peluca, su barba y su nariz postizas. Loti borra el *signo fatal*, trazado con tinta sobre su frente; arranca el airón rojo de su gorrilla, que tiene todo el aspecto de una simple toca inglesa, y su casaca, que, mirada atentamente, no parece ser más que una chupa de gomoso. Se precipitan uno en brazos de otro, y el placer de encontrarse les hace olvidar por un momento el enojo mútuo que se producen de ordinario.

.....

¡En camino para Pekin! ¡Clic! ¡Clac!..... «¡Tá, tá, tá!»—grita nuestro cochero, y las dos delgadas mulas echan á andar al trote. Nuestro vehículo está montado sobre un par de enormes ruedas y cubierto de una tela azul, destinada á protejernos contra el viento lleno de polvo del Norte. Aquellas mulas tienen principios inquebrantables, que les prohíben andar más de cuarenta *lis* por hora (cuatro kilómetros).

El paisaje que tenemos ante la vista consiste en una nube de polvo, venido expresamente de Mongolia, para hacernos rabiarse: todo lo envuelve. «Loti, no se tome usted el trabajo de mirar hacia afuera porque no vería usted nada, ni me hable usted tampoco, porque al abrir la boca se tragaría usted kilogramos de polvo. Estése usted quieto, bien arropado, como un groelandés y, sobre todo, no se duerma usted, porque correría el riesgo de helarse bajo sus pieles.»

«Por lo demás, este viajecito sólo durará tres días, y tendremos por distracción la vista de nuestro mayoral, horroroso ganapán chino, sucio desde la cabeza hasta los piés, y redondo como un *poussah* bajo sus siete ú ocho capas de piel de cabra.»

Cuando el carruaje está ya en camino, es decir, cuando las dos grandes ruedas están bien encajadas

en las rodadas que representan los caminos de hierro chinos, se duerme con un ojo, las mulas se duermen también, y toman el aspecto de sonámbulas.

A cada momento hay pasos difíciles, como, por ejemplo, el cruce del *Pé-ho*: comienza por una peli-grosa bajada, que dá vueltas desde lo alto del cerro hasta la superficie del río. Vaivenes, choques violentos sobre montones de cieno y de inmundicias heladas. Después, la ascensión á la otra orilla. La mula delantera viene voluntariamente, y con aspecto inteligente, á colocarse al lado de la rueda de la izquierda. «¡Tá, tá, tá!»—grita el mayoral fuera de sí, saltándosele de las órbitas los ojillos oblicuos, y el inteligente animal se abalanza contrayendo sus patas delgadas. «¡Tá, tá, tá!» Ya hemos entrado en camino firme, continuando nuestra marcha por la interminable llanura.

¡Todavía hay que volver á pasar el *Pé-ho*! Este río nos intercepta el camino expresamente. Pero esta vez hay un puente en semicírculo. Nueva maniobra. «¡Tá, tá, tá!» y la carreta sube al punto culminante para rodar por la otra vertiente, con una rapidez inquietante, persiguiendo á los dos desgraciados rocines enloquecidos. Y siempre extensas y áridas llanuras. De cuando en cuando, filas de sepulcros de madera ó algunas siluetas melancólicas

de árboles sin hojas, y cuyas ramas habían sido quebrantadas por el viento. Todo esto, entrevisto entre dos avalanchas de polvo rojo, bajo un nebuloso crepúsculo de invierno..... Nuestro pensamiento se imagina trombas de polvo; cree oír el «¡Tá, tá, tá!»; se figura ruidos de campanillas, de vaivenes, rechinar de ruedas en los carriles, choques del viento que sopla con furia.....

Una cantidad de tiempo, que escapa á toda medida, se pasa durante esta incesante monotonía fría y estrepitosa.

A la entrada de la noche, todo aquello se torna en una visión, como la del que despierta de un sueño: nosotros caemos én una especie de embrutecedora pesadilla, y somos horriblemente zarandeados por aquellos dos deformes rocines, que se mueven en la atmósfera sombría y polvorienta, como las bestias del infierno.....

.....
Hacia la tarde del segundo día aparece en nuestro horizonte una pared vieja, parduzca y almenada, con baluartes separados unos de otros, como á un tiro de flecha.

Pertenece á *Tien-Tsin-Fou*, la ciudad de la *Pureza celeste*, donde viven novecientos mil seres humanos, que llevan, por lo general, una coleta de pelo en la

parte posterior de la cabeza, y que tienen los ojos oblicuos. Aquí es donde vamos á pasar la noche, para volvernos á poner en camino en cuanto empiece amanecer. En el flanco de esta larga muralla gris se abre un agujero negro, boquiancho, en forma de arcada, donde van á morir las sinuosidades de los dos carriles paralelos que marcan el camino. Y nosotros nos abismamos en este agujero, especie de largo túnel, de aspecto siniestro; parece cuando se entra allí que no se vá á salir más.

Exhalaciones fétidas nos dan en la nariz. Nosotros nos movemos vacilantes y pesados, sobre enormes piedras desniveladas y rotas, en el fondo de un hormiguo confuso, en una lúgubre semiobscuridad. Las gentes que nos rodean, agolpándose en torno nuestro, son inmundos presidiarios medio desnudos; hombres desgredados; mujeres con los piecitos envueltos en mezuquinas tirillas de trapo, de tez lívida, con niños de pecho moribundos; gentes temblorosas y rechinando los dientes, pegadas á la pared para tener menos frío; pieles amarillas, medio agujereadas por los huesos; esqueletos humanos, cubiertos de sabandijas; enfermos verdaderos ó falsos, humildes ó amenazadores; unos, atados, se arrastraban apoyándose en las manos, que les servían de piés; otros, sin ojos; otros patizambos,

leprosos, idiotas, pustulosos, epilépticos, llenos de sarpullidos; locos, cubiertos de úlceras, que no tienen ya cara de chinos. Algunos salmodian lamentables quejas, rodeando nuestra carreta para implorar nuestra caridad, llamándonos *Si-ta-lao-yéh* (grandes señores de Occidente); otros, mofándose lúgubrementemente, haciendo además de detener nuestras mulas; otros, en fin, permanecen inmóviles, sumergidos en una taciturna postración, próxima vecina de la muerte..... El mayoral, práctico en esta clase de encuentros, dispersa este «Egipto chino,» con crueles y vigorosos latigazos dados sobre los más audaces, y nosotros penetramos en la ciudad de la *Pureza celeste* perseguidos por las maldiciones más rabiosas.

La carreta continúa avanzando lentamente en medio de una multitud compacta que gesticula. Gentes del pueblo, vestidas de pieles de carnero, interceptan las callejillas estrechas y tortuosas bordeadas de casas de ladrillo gris. Otras veces pasamos delante de puertas monumentales, recubiertas de techumbres complicadas, que son entradas de los hoteles de los ricos. Pero más á menudo, nosotros no vemos sino muros mal alineados y medio ruinosos; barrios tristes, que revelan vejez y miseria.

A la vuelta de una esquina, todo cambia de aspecto bruscamente, y hémos aquí en pleno bazar.

Una recta y larga calle, que ofrece una sorprendente perspectiva de banderas de todos colores. Banderas que cruzan de un tejado á otro, descendiendo verticalmente por cada lado de la calle, á lo largo de las tiendas, y sucediéndose siempre como una serie de decoraciones que rodeasen un estrecho cuadro, cuyo fondo se prolongase hasta el infinito. Las hay rojas, verdes, amarillas, y todas tienen enormes letras doradas. Mercaderes envueltos en abrigo de pieles y con gorras de pelo; tiendas de telas de seda y raso brochado; casas de té, de las que exhalan olores de opio; sonidos de guitarras y de flautas; carnicerías, donde se vende carne de cerdo y de perro; pieles preciosas de Siberia y de Mogolia; pipas y velas de sebo; objetos de arte en porcelana; abanicos, muebles de laca, relojes de cobre y de bronce.

Las amas de gobierno, vacilando sobre los piés demasiado pequeños, hacen sus compras para la comida de la tarde, apoyadas, para no caer, sobre la cabeza de algún niño, vestido de encarnado y verde. Toda aquella colmena humana se agita y bulle á nuestra vista, á la luz indecisa de los próximos faroles de papel, en aquel fondo de colores, encarnado,

verde, amarillo, azul, naranjado, en el claro-oscuro más movible y extravagantes.

Hémos aquí, después de mil vueltas y revueltas á través de aquellos laberintos de calles, delante de una alta pared, en la que se abre una puerta cochera. Es la posada. El mayoral se baja, arma un gran alboroto con el llamador, gritando con un tono de viva indignación: ¡*Kai-men, kai-men!* ¡Abrid la puerta!) La puerta se abre después de larga discusión, y entramos en el patio, al trote largo, de nuevas mulas, y haciendo sonar muy fuerte las campanillas, que es lo que importa: en China es uno más ó menos estimado, según el ruido que hace. Es un patio cenagoso, rodeado de construcciones bajas, depósito de estiércol helado, en el que carretas desuncidas levantan sus varas hacia el cielo, sembrado de estrellas, y mulas famélicas andan tristes y errantes buscando algo que comer. Todo alrededor se abren puertas y ventanas, formadas por enrejados de madera y papeles encolados.

En él se siente olor de opio, exhalaciones de grasa humana, calentada en fogones humeantes, cuyos resplandores distinguimos á través de los papeles rotos; los cánticos alegres de los carreteros chinos, acompañados por guitarras extridentes; el ruido del viento Norte que zumba y el eco amortiguado de

los ruidos de la calle. Como gritamos mucho, injuriando y atropellando á todos sin distinción, lo mismo á las gentes de la posada que á los viajeros como nosotros, nos consideran personas importantes y nos reciben muy bien. El posadero, que es un hombre grueso, con casaca enguatada y un sombrero de pelo en la cabeza, nos hace grandes *tchin-tchin* (lo que llaman ustedes zalamería en Oriente), y nos conduce él mismo á nuestra habitación.

Entramos en una especie de zaquizamí, cuyas paredes debieron blanquearse en tiempo del paso de *Gengis-khan*, ó de alguno de sus capitanes. Los ángulos están adornados con ligeros encajes, á manera de rinconeras, obras pacientes de las industriosas arañas. Como muebles, una mesa y unos taburetes de madera, que no tienen más que tres patas cada uno; y como suelo, la tierra apisonada. Por estufa tenemos el *Kang*, especie de camilla de ladrillos, en cuyo interior hay un horno para quemar paja. El *Kang* y el brasero son los únicos medios de calefacción empleados en China: no le quitamos á uno el frío, pero en cambio, le proporcionan horribles dolores de cabeza.

Sacamos nuestras mantas de viaje, y las extendemos sobre el *kang*. En seguida disponemos

nuestra mesa portátil, como hacen los ingleses cuando viajan en el rápido de París á Mentón, y yo preparo varias cosas necesarias para alimentarnos.

«¡Kai-choui-nalé! (Traiga usted agua caliente.) ¡Tcha, mien-tio, fann-nalé! (Traiga usted té, galleta, arroz.)» Y yo añado, para activar el movimiento: «¡Kouékoué!, ¡kouékoué!, ¡kouékoué!» (Deprisa, deprisa, deprisa), girando la mirada como un endemoniado, agitando los brazos y las piernas, y distribuyendo fuertes golpes y empujones á todos los que pasan á mi lado.)

Una nauseabunda vela de sebo, con resplandores intermitentes, arroja su luz vacilante sobre esta escena interior. El humo acre del *kang* y del brasero se mezcla á los vapores del agua caliente, que nos va á despojar de nuestra máscara de polvo y á los perfumes olorosos de nuestras tazas de té. Hémos aquí entre una nube espesa, medio asfixiados, pero disfrutando, á pesar de todo, de un bienestar particular, que es el de la casa de los chinos plebeyos, y al cual, á la larga, ayuda el opio á habituarse quizá.....

Nuestros pensamientos toman, con este reposo relativo, un curso más normal. ¿Usted no comprende, mi querido Loti, para qué le he conducido á Pekin? La primera efusión, siempre inseparable de nues-

tros encuentros, ha pasado desde ayer, y ligeramente desengañado de no haber podido hacer un verdadero Ahasvérus, por el cual experimentaba usted un cierto sentimiento de interés simpático, mezclado de curiosidad, recuerda usted súbitamente que tiene una cita con una joven princesa del país de las Gangáridas, y me anuncia que me dejará al día siguiente por la mañana, y que yo continuaré solo mi camino hacia la gran capital del Norte. Resuelto esto, decidimos separarnos por la mañana, prometiéndonos llevarnos mutuamente en el fondo de nuestros corazones y de nuestro pensamiento.

Entre tanto, nuestra llegada á la posada ha puesto á todo el mundo en conmoción. Una gran efervescencia de curiosidad reina en torno nuestro. Nuestro tugurio es invadido por algunas gentes desaseadas, que hacen reflexiones sobre nosotros. Los bribones nos dirigen pullas de un gusto deplorable, que consisten en manifestar las intenciones más inmoralmemente ofensivas sobre nuestros próximos pobres ascendientes. Otros pasan revista á nuestro físico, de una manera indiscreta é importuna, y se preguntan si somos los *Ya-mé-likien*, los *In-ki-hi* ó los *Fon-gau-si*. En todo caso, no nos dejan de tratar de *houtsé*.

Para no tener al final mejores maneras, hacemos una abundante distribución de puntapiés en el trasero de aquéllos que meten sus dedos en nuestras camisas ó se pinchan la lengua con nuestros tenedores. Y usted, Loti, pone en juego sus talentos de zapatero de viejo, que son muy apreciados.

Nosotros hemos rehusado hablar á esta plebe inmundada.

Kai-choui, en la cara; *tcha-mien-to-fann*, en el estómago; nos acostamos sobre nuestro *kang*. Rehusamos los ofrecimientos de servicios de personas de ambos sexos, que nos proponían distracciones nocturnas, admitidas por la moral ancha é indulgente de los pueblos del extremo Oriente, pero incompatibles con nuestra barbarie occidental—y nos dormimos. Lo habíamos merecido bien.

.....
Hémos aquí sumidos en la inconsciencia absoluta. Sólo páginas en blanco, al uso de los inteligentes *fakires* y de los delicados derviches, pueden explicar la continuación inmediata de nuestras aventuras.

.....
Mi querido amigo, si usted quiere, puede tomar la pluma por esta vez: yo continuaré en otra ocasión: esta historia me ha fatigado horriblemente y

comovido, sobre todo. Trate usted de buscar algún relato que nos reponga de estos olores de opio, de este cuarto infecto y de este humo.

Loti.—¿Alguna cosa que no sea ni el opio ni la paja quemada del kang?..... Espere usted; me acuerdo de cierta mañana en que yo estaba en medio de una soledad pedregosa, en compañía de una cabra negra.

Al Oeste, gigantescos desprendimientos de rocas grises, inclinadas hacia la Dalmacia; y del lado del Oriente, la vista se extendía sobre la sombría Herzegovina.

Era en la frontera, en el punto culminante de las montañas. Hacía frío en aquellas alturas; se respiraba el aire en toda su pureza, propio de los espacios sin límites. En ninguna parte se veía nada verde. El sol, que acababa de salir, extendía por doquiera sus contrastes de luces y de sombras, en aquel caos de piedra.

Por debajo, entre la niebla de la mañana, la Herzegovina, desolada, alumbrada ligera y blanquecinamente.

La Dalmacia permanecía aún en la sombra de sus altas montañas. Se la adivinaba allá abajo, á lo lejos, y al extremo de aquel cataclismo de rocas, en sus grandes profundidades—dormida aún en su

atmósfera cálida, en sus perfumes de mirtos y naranjos.

.....

Teniendo mucho apetito, yo tenía para desayunarme tres puñados de higos dorados, cocidos al sol, que partí con la cabra negra. Y la cabra—espantada, con aire diabólico, con un mechón sobre el hocico, á lo *Capoul*—no se contentó con los higos que yo le daba; se sostenía de pié y saltaba, para disputarme, hasta en la boca, aquéllos que yo guardaba para mí.....

.....

.....

¡Qué patria tan fúnebre la Herzegovina.

Desde luego, se descende á las regiones que hacen pensar en los países de la lunas, piedras y más piedras. Nada de árboles, nada de verdura; una uniformidad gris.

Grandes pasos ó extensiones de piedras, todos unidos, como lagos muertos—y después, profundidades de piedra, elevaciones, alteraciones y espantosas montañas de granito.

Un río, el *Trébinitza*, al cual el viejo Styse debía parecerse, corriendo en un lecho de piedra, en medio de una planicie de piedra también. Ninguna vegetación en sus orillas, como si su légamo estu-

viere maldito; y después se oculta, y desaparece en los abismos subterráneos.

Aquí y allá, mesetas de flores blancas ó tapices de guirnaldas; y en el aire, por encima de aquellas cosas tristes, los buhos, que pasan sin ruido.

Avanzando más, se llega á la región de los árboles.—Malezas encorvadas primero—después se entra en el bosque: un bosque, como no los hay más que en la Herzegovina; todo erizado de picas de piedra. Entre cada árbol, una punta que se levanta como otro árbol petrificado. De distancia en distancia, pequeños lugarillos descuajados, consumidos, siniestros.—Cinco años de una guerra de exterminio han pasado por este país. Montañeses slavs salen de las ruinas de sus casas y os miran pasar con aire de desconfianza. Son altos y rubios y llevan llena su cintura de puñales y navajas.

Después del bosque, el país cambia; hay una llanura. Campos de trigo, cultivos del Norte; todo aquello devastado, abandonado, desierto. Y luego aparece la capital vieja, nido de buhos, con su minarete, sobresaliendo de sus pardas murallas.—Viejo puente levadizo, viejos fuertes—con frondosidades de campanillas, que extienden sobre las piedras sus frescas flores, de un violado admirable.

Trebigne, un fantasma de ciudad: los restos de

un bazar de Oriente, donde se hablan aún el turco y el slavo; todo el barrio musulmán en ruina, vacío, sin habitantes. En la mezquita, algunos pobres turcos acurrucados—los viejos que han quedado—balbuceando aún, con la frente en el suelo, las plegarias de Mahoma.

La nueva guarnición austriaca se aloja, por casualidad, entre estos restos.

Hay en una casilla en ruina una especie de mesa redonda, muy cómica, donde se habla el alemán. Los oficiales del cuerpo de ocupación toman allí una miserable comida, en compañía de *Gretchens*, descendidos del Norte.

Los austriacos sienten haber venido. Este árido país no merece la pena que se han tomado para someterlo, ni su dinero, ni sus hombres perdidos; sin contar las sorpresas que aún tienen que temer en el campo, y las escaramuzas sangrientas, y las gentes que aún se matan, por la noche, en los recodos de los caminos. Los slavs, por su parte, confiesan que preferían la dominación caprichosa, pero negligente, de los turcos. En aquél tiempo, se hacía todo lo que se quería, si sabía hacerse.

Sin embargo, los austriacos permanecieron allí. Han comenzado su instalación por lo más preciso: escoger para el servicio del Estado un cierto núme-

ro de monumentos y de objetos; numerarlos, pintarlos de colores, amarillo y negro, que distingue en la metrópoli los edificios de la corona, y escribir sobre ellos lo que son, aún cuando se adivina desde luego, porque hacen preceder de dos KK el nombre de la cosa.

Abreviación de *Kaiserlischen* y *Koenigslischen*: Cosa Imperial y Real.

KK, puerta; KK, banco; KK, puente; KK, cuartel. Y así está todo en Trebigne, absolutamente, como en Austria; esta marca fué la única nota alegra que yo encontré allí.

En el centro de la ciudad, cerca de una plaza, hay un gran cuadrado misterioso, encerrado en unos muros de veinte piés de altura. Los muros sin ventanas, completamente nuevos, blancos, alegres, como por ironía; de una frescura oriental, amarillos y verdes. No hay más que una puertecita baja para entrar, y aun es necesario entrar de lado, como si se quisiera volver la espalda al público. Esto lo dispuso el último mahometano que quedó allí (uno de los antiguos ricos del país). Para no ver más lo que pasara en Trebigne, amuralló su mansión, su harém y sus riquezas.

Aquel turco y yo hablamos nacido para entendernos.

Desde lo alto del minarete, donde el *muezzin* no canta ya, se domina un conjunto de casas destruidas, de tejados rotos y ruinosos. Algunos paseantes, todavía con traje oriental, circulan por las calles con la cabeza baja.

Por encima de las viejas murallas, violadas por las campanillas, el campo se extiende melancólico, con sus cortinas de frágiles alamas; sus campos, necesitados de labor; sus lugarcillos, destruidos. A lo lejos, el bosque. Y después, la región de piedras que comienza: vistas á lo lejos, parecen olas enormes de un Océano gris, levantadas hasta el cielo por el viento de los cataclismos primitivos.

Se piensa en el destino de este pueblo pequeño, que daba en 1875, la señal de la gran cruzada de los slavos contra el Islám. En esta época, estaban llenos los periódicos del nombre de la Herzegovina, donde la revolución había comenzado en la montaña. Los únicos de todos los slavos que se han conducido lealmente, frente á frente del enemigo hereditario, mostrando todo el tiempo su odio franco y feroz. Ellos han perdido sus hombres jóvenes, sus cosechas, sus pueblos, y ahora han caído, agotados, bajo el yugo de otro dueño, que los ha marcado y reglamentado al uso germánico.

Ya he acabado mi historieta. Cuénteme usted otra, Plumkett.

Plumkett.—Mi querido Loti, yo temo que la mía sea todavía más fastidiosa que la de usted.

Por otra parte, mi camino no ha estado nunca muy florido; es una especie de Herzegovina. En otro tiempo, era una lava ardiente; hoy, es una gran llanura arenosa, sembrada de piedra pómez; en este momento no brota nada en ella, ni siquiera una flor amarilla. Ruego á usted, por lo tanto, que vuelva á tomar la palabra y que procure, una vez siquiera, encontrar héroes que no sean ni turcos, ni slavos, y que tampoco sea usted, porque siempre la misma cosa concluye, al fin y al cabo, por aburrir y atacar á los nervios.

Loti.—Bueno, está bien: continúo.

Pienso en este momento en un encuentro que tuve con unas ballenas, hará pronto diez años, á cien millas Sur-Oeste de las islas Maluinas. Voy á describirle á usted la entrevista. Usted conoce, como yo, aquellos parajes australes, donde se encuentran los grandes oleajes; que haya también ballenas, es muy natural; pero aquella partida de que hablo era tan numerosa, que se hubiera creído una verdadera emigración.

La escena ocurrió hacia los 55° de latitud Sur.

Era una mañana de invierno, poco después de la salida del sol. En realidad hacía frío, puesto que el termómetro marcaba 0°; pero el tiempo estaba tan tranquilo, que no se sentía ninguna molestia. No hacía viento; las velas endían en mil pliegues, como cortinajes mal estendidos, y aquella gran frescura salada era sana y muy agradable de respirar. El gran oleaje, constante en esas regiones, era blando y se arrastraba con languidez. Formaba altas montañas de agua, de formas suaves y redondeadas, semejantes á pesadas ondulaciones de mercurio ó á corrientes de metal que se enfrían. Nos levantaban lentamente como acariciándonos, y después nos dejaban deslizar para volver á caer de nuevo. Pasaban y volvían continuamente. Bajo el cielo brumoso, aparecían como de un pálido color plateado, con las tintas indecisas de un empañado espejo. Nieblas extensas, vagas, inmóviles y sin contornos, pesaban sobre el oscuro horizonte, y los rayos del sol producían acá y allá bandas brillantes, lucientes, húmedas, como si en algunos sitios aquellas láminas de metal hubieran estado bruñidas. Era uno de esos momentos extraños, en que parece que se tiene la percepción completa, y como la inquietud que produce la inmensidad del mar. Los dos continentes, el antiguo y el nuevo,

se destacaban muy en el fondo hacia el Norte, como dos cabos gigantes que venían á hundirse en medio de las aguas; pero ya los habíamos dejado atrás, y no había ante nosotros más que aquel sombrío desierto, líquido y movable, que se extendía hasta el polo bajo su curvatura sin fin. Tenía una conciencia de estar solo y perdido en medio de poderes terribles, que por casualidad estaban en reposo. Las pléyades de pájaros marinos que pueblan el hemisferio austral, participaban de esta calma. En lugar de revolotear por millares, chirriando como roldanas, estaban todos posados sobre el agua, sin hacer ruido y dejándose balancear. Se veían allí familias de aves marinas, que flotaban inclinadas y dormían. He aquí, mi querido Plumkett, un recuerdo de alta mar: le encontrará usted un olor sano, que acabará de reponerle de nuestro viaje á China. Yo estaba de guardia y no tenía apenas más que hacer que mirar al cielo. A mi lado, un timonel paseaba su anteojo penetrante por el horizonte; yo no sé por qué, pues es lo cierto que siempre se encuentra uno solo en aquellas latitudes.— «Hay ballenas por el Oeste,» me dijo.—En efecto, muy lejos, en aquella dirección, se distinguían muchos de los chorros de agua que esos enormes cetáceos producen al respirar, y parecían blancos haces

que brillaban en el fondo obscuro del horizonte.

Las ballenas se nos aproximaban rápidamente; sin duda habían adivinado que íbamos allí para pescarlas, y no teniéndonos miedo, querían vernos. En medio de aquella inmensidad triste, pálida y gris, los enormes animales saltaban locamente. Los había exageradamente grandes, y otros muy jóvenes que daban mil vueltas y se zambullían mil veces cerca de sus madres. Todo aquel ejército saltaba, se perseguía, hacía evoluciones con velocidad prodigiosa, demostrando una alegría en consonancia con su enormidad. Todos aquellos animales lanzaban, con sus resoplidos, el agua á derecha é izquierda, formando grandes cohetes que resplandecían á la luz del sol, y se entrecruzaban como los surtidores de un juego de agua cambiante y complicado. Nos miraban y los mirábamos: todos los marineros estaban en fila, á lo largo de los filaretos, codeándose para verlos mejor. Las ballenas nos contemplaban como á una masa inerte, paralizada por la calma. Incapaces de movernos como ellas, debíamos parecerles muy ridículos.

El jefe de carga, que había asistido en otras ocasiones á grandes pescas con los balleneros americanos apretaba los dientes, al verlas tan confiadas, por no poderlas coger.

Había hecho subir de la cala los grandes arpones de la pesca del tiburón; había contado con una docena de gavieros, de los más fieles, y pedía con las manos juntas que se consintiese echar las chalupas al mar.

Pero las ballenas, pensando que habían estado bastante tiempo olvidadas, habían formado su columna y tomado de nuevo su camino hacia el Sur, lanzándose como flechas por las aguas y dejando luminosas estelas en pos de sí. Sin duda tenían que hacer en las tierras antárticas, y á ellas debieron llegar aquella misma tarde, según la velocidad que tomaron. Se perdieron bien pronto en las infinitas sombras de la niebla y del oleaje en la dirección del polo. Bajo el cielo tenebroso, aquello parecía una escena reconstituida de la paleontología — una de aquellas bandas de bestias rudimentarias y monstruosas, como las que pasaban en otro tiempo, sobre la mar sin límites, del periodo silúreo.

Y bien; imagínese usted aquello, Plumkett. Hablando á usted hace poco de la Herzegowina, he despertado este recuerdo de los mares del Sur.

He pasado de lo pequeño á lo grande; de las olas de piedra grís, que ocupan algunas leguas de ese país, á las verdaderas, á las olas, sin fin, que hacen en redondo su paseo eterno en torno del hemisferio austral.....

En verdad, yo le he pintado muy extraña y muy fantástica á la Herzegowina; y es, sin duda, que yo la había visto así en mis sueños nocturnos.—En suma, esta pequeña provincia está á dos pasos de nosotros, y es muy fácil verla. Los beneficios de la civilización, que se le ofrecen en este momento, la harán dentro de poco muy conveniente y tan agradable de habitar, como el distrito de París, donde los burgueses construyen sus casas de campo.

Qué quiere usted; mi imaginación, algunas veces, agranda las cosas y las situaciones ordinarias, mientras que no se asombra sino de aquéllas que son desmesuradas ó terribles.—Yo no tengo la noción exacta de nada, por haber visto demasiado, y en mi cabeza, como en mi corazón, todo gira en torbellino. Si pudiese empezar de nuevo mi vida, trataría de hacerla tan sencilla como ha sido antes complicada.

Veo perfectamente que mis impresiones se van extinguiendo, porque han sido muy numerosas y diversas en un principio. Yo no veo con claridad sino las más distantes.....

Quinto clavel de la India

Plumkett.—Mi querido Loti, la flor amarilla que acabo de recibir significa, entre líneas, que se fastidia usted en este momento, que no es la primera vez que cree usted que no será la última; y, en fin, que considera el fastidio como incorporado á sí mismo.

(Usted da parte de su sentimiento al lector y esto entra perfectamente en nuestro programa.)

Si á veces encuentra usted uno de esos periodos felices en que la vida se despierta en goces dulces, á propósito de lo más insignificante, usted se dice: «Yo sé lo que esto es, no durará largo tiempo; es un pequeño intermedio, después del cual mis pensamientos volverán á caer en ese fondo sombrío que ha venido á ser mi estado dominante y normal.»

Eso prueba que le falta á usted *todo eso que no existe*, y que no encontrando en *lo que existe* el atractivo que hace vivir á las gentes inteligentes y razonables, se encierra usted en su personalidad de alucinado, y vive así á espensas propias—más*ó menos bien—entregado á los fenómenos complicados que se elaboran en su individuo.

¿Qué es lo que usted es?—¿Qué es lo que somos todos?—Máquinas.—La máquina humana se compone de un entramado de huesos, recubierto de músculos; en el interior se encuentran diversas vísceras, órganos digestivos y respiratorios—y una bomba impelente, llamada corazón (de que los poetas hablan á menudo), que distribuye en el organismo un líquido rojo. La máquina está movida por un ganglio de sustancia blanca ó gris, muy buena para comerla con vino blanco ó en forma de buñuelo. (Véase la *Maison rustique des dames*), de ese ganglio se destacan como unos fideos delgados, que van á parar á los órganos sensitivos y á los diversos músculos.

Cuando un movimiento venido del mundo externo se comunica á uno de los órganos de la máquina humana, se trasmite por un nervio sensitivo á una célula nerviosa situada en el cerebro. De esta célula parte el nervio motor, que concurre á un músculo.—Cuando el movimiento se ha propagado hasta el músculo, éste se contrae, y al contraerse, obra sobre una palanca, que es un miembro, y le hace realizar un cierto movimiento angular.—Usted oye tocar un wals; el nervio acústico trasmite una sucesión de estremecimientos rítmicos á sus células nerviosas, que entran en danza, produciendo co-

rrientes nerviosas en diversos músculos, de tal suerte, que en seis tiempos ha debido usted dar una vuelta completa sobre sí mismo. En otro caso, tiene usted una mujer hermosa en sus brazos; su contacto, su perfume, su vista y la de todo aquello que le rodea, una cantidad innumerable de acciones externas (llamadas: fenómenos sensoriales é imaginativos), quebrantan todos sus sentidos y dan terribles sacudidas á un gran número de otras células cerebrales—de donde resulta todo lo imprevisto de la situación, todo aquello que usted puede hacer aparte del acto de walsar.....

—Pero la máquina piensa, se conmueve á veces; experimenta los transportes del amor; es Byron, es Alfredo de Musset, es usted—ha orado, amado, llorado—conoce y busca alguna cosa que se llama dicha—conoce tambien el enojo y el dolor (¡muy á menudo, desgraciadamente!) ¡la máquina es usted, soy yo!..... ¡Mas qué importa, máquina siempre!—Desuéllela usted, y encontrará el interior siempre parecido; siempre un esqueleto sonriente, dotado de movimientos angulosos y destartalados—con las pequeñas redcillas de fideos blancos, que corren por encima de los músculos, bañados en la materia roja.

Según las aptitudes fisiológicas del sujeto, ó los

hábitos que haya contraído, ó las conexiones particulares que existan entre sus diferentes células nerviosas, los movimientos de la máquina serán *tales ó tales otros*. Allí está todo el secreto de las diferencias de los individuos. Su hastío de usted persistente y su inferioridad intelectual respecto de la mayor parte de las gentes no provienen, sin duda, amigo Loti, sino de la excentricidad de sus hábitos, que son siempre contrarios al sentido común.

Sexto diente de león

Loti.—Mi querido Plumkett, esto no es una flor; es un hueso de muerto lo que me acába usted de enviar; es alguna vieja tibia que habrá robado en un museo.—Y no vale poner estas cosas en los ramos sin avisar, Plumkett; porque es innoble y puede producir miedo. Yo voy á contar á usted una historia, en la que habrá huesos también—pues que los huesos horrosos están, en efecto, en el fondo de todas las criaturas, y es notorio que las personas deshuesadas no se tendrían de pié.—Pero en derredor de estos huesos habrá mucha carne vigorosa y joven, á través de la cual no se los verá.

Será una historia árabe, para continuar aquella de *Las mil y una noches*; y tendrá una moraleja, que yo me cuidaré de deducir y de presentar á los ojos de usted, porque usted no es sagaz—y verá por ella que soy capaz de componer con orden relaciones sensatas, y de hacerlas instructivas.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTESSAY, MEXICO

LAS TRES SEÑORAS DE LA KASBAH

(CUENTO ORIENTAL)

I

¡En el nombre de Alá, muy clemente y muy misericordioso!

Había en una ocasión tres señoras que vivían en Argel, en la Kasbah.

Y estas tres señoras se llamaban *Kadidja*, *Fatmah* y *Fizah*.—*Kadidja*, era la madre; *Fatmah* y *Fizah* las dos hijas.

II

Estas tres señoras se aburrían mucho porque no tenían nada que hacer en todo el día.—Cuando habían acabado de pintar su rostro de blanco y rosa, y sus ojos grandes de negro y de beleño, para hacer-